

LA PIEDAD DEL GRECO

(LA MUERTE DE UN HOMBRE ÍNTEGRO)

Cuando entré aquella tarde en su habitación comprendí que todo se acababa.

Estaba desnudo, extremadamente delgado, casi incorporado en la cama para facilitar la respiración, con paños húmedos aplicados a lo largo de su cuerpo y la ventana abierta de par en par para bajar la fiebre. A pesar de su ateísmo militante, mi padre, en su agonía, era la imagen de un cristiano viejo. Y cuando mi hermano y yo nos situamos a izquierda y derecha de su cabecera levantada y le cubrimos un poco con las sábanas blancas, dispuestos a pasar el último trance los tres juntos, me pareció que componíamos una rara piedad que podría haber sido pintada por el Greco. Una piedad en la que los hijos sustituyen a la madre y a la esposa que ya no están. Lo único que brindaba un poco de consuelo en medio de aquel dolor era poder acompañarle en su última aventura y comprobar que moría como él deseaba; rodeado de sus hijos, con serenidad y una gran dignidad.

No resultó fácil disponer de tiempo e intimidad para una despedida en paz. Hubo que librar alguna batalla para mantener a raya a los administradores oficiales de la enfermedad y de la muerte. Es lo que menos apetece en esos momentos, pero se lo debíamos.

Él siempre había dicho que hay distintas maneras de morir. Era un tema del que hablaba con naturalidad. Ponía con frecuencia el ejemplo de Mussolini, que murió renegando y suplicando a sus verdugos o el de algunos monarcas que no estuvieron precisamente a la altura de las circunstancias. En sentido contrario, se le había grabado en la memoria el caso de un gañán ejecutado durante la guerra civil. El hombre era un campesino que había cometido un delito que mi padre nunca aclaró (no sé si por ignorancia o por no añadir complejidad al asunto) y que tuvo que ser juzgado por las tropas en las que mi padre servía con 16 o 17 años. Cuando le preguntaron, aún en el calabozo, por su última voluntad, pidió chocolate con churros y se los comió. Poco después, frente al pelotón de

fusilamiento, pidió permiso al teniente para dirigirles una palabras a los soldados: Muchachos, no os preocupéis por mí, me lo tengo merecido. A esto conduce la vida que yo he llevado... Entonces, metió su mano en el bolsillo, sacó unas monedas y se las ofreció al soldado que traía la venda para los ojos. No la necesito. Toma, para que os convidéis en mi memoria. Con un nudo en la garganta el teniente dio la orden en tres tiempos y todo concluyó. O no, porque mi padre lo recordó y yo ahora lo rememoro.

Recuerdo otro día que volvía del hospital con una sonrisa triste y lúcida en su rostro. Venía de despedirse de un viejo amigo anarquista que sabiendo llegada su hora no se le ocurrió otra cosa que escandalizar al cura que merodeaba por allí y coquetear con las enfermeras más guapas. Hasta que nos veamos si no nos vemos antes, se despidió de mi padre.

En los últimos años de su vida le obsesionaba la idea de caer en manos de la tecnología sanitaria. Hasta sus 84 años se mantuvo alejado de médicos y hospitales. Y la verdad es que no tenía diagnosticada ninguna enfermedad cuando murió. Su voluntad y su coherencia, en ese y otros sentidos, eran de piedra. Tal vez por eso, cuando las circunstancias de su vida habían tensado demasiado la cuerda no enfermaba ni se quejaba, se rompía. Algunas fracturas de huesos han jalonado pasajes importantes de la vida de mi padre y una fractura de cadera lo llevó al hospital cuarenta y dos días antes de su muerte.

Cuando ingresó dijo que hubiera sido mejor acabar de una vez. Mi padre podía resultar demasiado franco cuando hablaba de él, pero casi siempre tenía razón, y esta vez también. Los médicos, en cambio, dijeron que la situación no revestía suficiente gravedad para operarlo de urgencia. Tras cuatro días de espera, los médicos, otros médicos, dijeron que su situación clínica era tan mala que era muy arriesgado operarlo. No obstante lo hicieron con nuestro total consentimiento. Sobrevivió a la intervención y no hubo el menor problema físico durante la misma. Otra cosa eran su ánimo y su voluntad... Nadie le había consultado cuando estaba lúcido y después ya no se podía. No se podía porque estaba desorientado y posteriormente, en palabras de otros médicos, agitado.

Quién podía imaginar que tuviera tanta fuerza en esos brazos escuálidos. Hicieron falta varias personas y administrarle sedantes muy fuertes para reducirlo cuando no entendía ni aceptaba las intervenciones que se practicaban en su persona.

Es curioso cómo lo que ellos consideraban un proceso biológico casi mecánico en personas de edad avanzada hospitalizadas, a nosotros nos parecía un acto de rebeldía. Ellos hablaban de un estado de "agitación" como se habla de un estado hipoglucémico, mientras nosotros veíamos al "agitador" que siempre había habitado en nuestro padre. ¡¿Qué es esto de privarle a uno de la mínima intimidad, de manipularle como a un saco de patatas!? ¡¿Qué es esto de intervenir sobre el propio cuerpo sin pedir permiso y de hablar del enfermo como si no estuviese presente!? ¿Por qué para humanizar un poco la relación tienen que tratarle a uno como un abuelito demente? Yo no oía todo esto de su boca pero sí de sus ojos.

Nunca se quejó de dolor o de molestias. Nunca culpó a nadie de sus padecimientos, sólo exigía un trato digno y cuando no lo obtenía protestaba. Las veces que era consciente del trastorno mental que le habían desencadenado la despersonalización del hospital, el accidente y la intervención quirúrgica se llevaba las manos a la cabeza y decía: tengo un motín en mi cabeza.

La estancia en el hospital fue una pesadilla para todos. Los detalles de mayor humanidad nos los dispensaron otros enfermos y sus familiares. Si embargo, pienso que todo el personal sanitario actuaba con profesionalidad y sólo trataban de “someter a su paciente al tratamiento más adecuado”. Claro que, en esa breve frase, ya se abría un abismo de desentendimiento entre ellos y nosotros: no era un ser pasivo, por supuesto no era suyo y de ninguna manera estaba dispuesto a someterse. Su nieta de siete años lo animaba: ¡Bravo, abuelo, no te dejes! ¡Si te molestan dales duro! Lo cierto es que todos -familiares, vecinos de habitación e incluso parte del personal sanitario- consideramos una mala señal el día que dejó de pelear.

El 31 de diciembre abandonamos el hospital y regresamos a Molviedro, la residencia donde vivió sus últimos años. Dos años después de la muerte de mi madre decidió ingresarse en esta residencia del centro de la ciudad. En la elección influyó decisivamente el hecho de que allí se podía vivir como en un hotel, en lo que a independencia se refería. De hecho, él la llamaba así: la pensión.

Durante el mes que permanecimos allí pudimos comprobar la diferencia con el hospital. Los cuidados sanitarios eran los mismos, pero aquí, como mínimo, siempre mostraban el mayor respeto por la persona y por su cuerpo. Digo como mínimo porque, la mayoría de las veces, el cariño superaba todo lo demás.

Cuando estaba presente algún miembro de la familia el personal se retiraba discretamente y en cuanto nos íbamos aparecían de nuevo. A veces parecía que rivalizábamos por prestarle cuidados. Seguramente eso contribuyó a que la regresión mental de mi padre se estableciera alrededor de los cinco o seis años de edad. Era como un niño enfermo rodeado de cuidados. No se podía decir que estuviese feliz, él ya había decidido morir, pero sí muy cariñoso, burlón e incluso seductor con las chicas que lo atendían. “Míralo que cariñoso, con lo arisco que ha sido siempre”, decía una de ellas.

Durante ese periodo nos imitaba teatralmente a mi hermano y a mí cuando le dábamos la espalda después de haber estado insistiendo para que comiera y bebiera, o nos amenazaba con las croquetas con tanta puntería que había que esquivarlas al vuelo si no queríamos terminar tocados.

Conseguimos salir, con mucha ilusión, unas cuantas veces a la calle en silla de ruedas, pero volvía muy agotado. De hecho empeoró después de dos visitas al hospital que duraron toda la mañana. A partir de ahí se recogió sobre sí mismo y se dispuso a marcharse, ya sin bromas, pero sin dramatismos. También para eso tienen nombres los médicos, pero no voy a reproducirlos.

Afortunadamente sí podemos decir que hubo continuidad de cuidados entre la residencia y la funeraria, ya que también ellos nos ayudaron y apoyaron en todo

momento sin que por eso intentaran sustituir a la familia en sus decisiones. Se comportaron como auténticos expertos en relaciones humanas. Desgraciadamente no se puede decir lo mismo del personal sanitario del hospital, tan especialistas en algunos aspectos y tan ciegos para otros más elementales.

Terminada la ceremonia en el cementerio, nos trasladamos con las cenizas a Ronda, su pueblo natal. Desde el famoso balcón del Coño las esparcimos sobre el Tajo. El sol comenzaba a ponerse en la Serranía y la nube de polvo brilló suspendida en el aire durante unos instantes antes de dispersarse en todas direcciones.